

MIGUEL

Presentación de Alfredo Rodríguez
para *Memorias de un arquitecto obstinado*,
de Miguel Lawner Steiman

Miguel Lawner me ha parecido siempre la persona más cercana a lo que uno se puede imaginar que son los héroes de la mitología griega, alguien a quien ni las fuerzas de la naturaleza ni los eventos más terribles puede detener, doblegar, someter.

La imagen que tengo de él es la de alguien que siempre está ahí, siempre adelante de todos nosotros, con pasión, opinando, escribiendo, criticando, apoyando; presentando ideas, dibujos, proyectos, construyendo.

Hay algo épico, diría más bien mítico, en los relatos de las memorias Miguel. Es la historia de un grupo de jóvenes de los años 40 que se propusieron cambiar la arquitectura, su enseñanza, su ejercicio profesional; por añadidura, la sociedad, y también el mundo. No es solo una historia personal, es una historia política, colectiva; la historia de cómo un grupo de arquitectos reunidos en la reforma del año 46 inició un proceso de cambios profundos de nuestras universidades y ciudades y ha mantenido esos ideales por más de 65 años: la aldea.

Estudiamos juntos, nos titulamos juntos, asumimos juntos la docencia, renunciamos colectivamente a ella, nos reagrupamos para fundar la revista **AUCA**, ejercimos la profesión asociados en oficinas solidarias, muchos de nosotros cumplimos responsabilidades en el gobierno de Allende, casi todos fuimos perseguidos y obligados al exilio en los años de la dictadura, regresamos a Chile y restablecimos el oficio y la amistad hasta el día de hoy.

La diversidad de opciones políticas no nos separó y nadie desertó en favor del mercado.

Su obstinación por cambiar el mundo es una de las cosas que más llama la atención al leer las memorias de Miguel. Esta obstinación es una suerte de expresión de un destino que lo ha marcado durante toda su vida. Ello, por supuesto, no quiere decir que siempre

todo lo que es posible resulte u ocurra, pero no importa: Miguel volverá a intentarlo, porque para él el futuro está siempre abierto delante de nosotros.

Creo que ese sentimiento era parte del espíritu de su generación, la generación del término de la Segunda Guerra Mundial, ante la cual se abría un mundo de la paz, de progreso, de cambios. Ese sentimiento es algo que estas memorias transmiten con fuerza. Ellas son el relato de una generación que no solo se sentía cambiando la historia, sino que, de hecho, lo hacía.

Hoy, en una época en que nos han dicho que no hay alternativas, en que no podemos imaginar nada diferente a los cánones neoliberales, las memorias de Miguel son refrescantes, reviven ideales y vidas compartidas. Más aún cuando, desde hace poco tiempo (2011), una nueva generación universitaria retoma esos reclamos en las calles de Santiago.

Cuatro ejes —o, mejor dicho, grandes amores— entrecruzan sus memorias, su vida.

El primero es la arquitectura.

Miguel es ante todo un arquitecto. Y en el relato de sus memorias se puede decir “en el principio” era la Escuela de Arquitectura. Él recuerda “esa fresca mañana de marzo de 1946”; en que un tranvía lo condujo a la Plaza Ercilla donde estaba la que, de ahí en adelante, sería “la escuela”. Allí comienza el relato, allí comienzan los recuerdos de este arquitecto obstinado.

El segundo eje presente en las memorias es el Partido

El partido preexiste a todo: “ingresé al Partido Comunista de Chile en 1945”; esto es, un año antes de incorporarse a la Escuela de Arquitectura. El partido está allí, en sus memorias, anterior a los relatos de su juventud y permanentemente presente en la vida profesional y militante de Miguel: “Abandoné las filas del partido en 1990 (...). Sin embargo, he conservado mi fe en el futuro del socialismo”.

Miguel es un arquitecto, como decía Saramago, para quien ser comunista era un asunto hormonal.

El tercer eje de las memorias es Anita.

Ana María Barrenechea articula, por más de sesenta años, arquitectura, partido y amor en la vida de Miguel:

Iniciamos nuestro pololeo a mediados de 1948... Acabamos de celebrar con Anita nuestro cumpleaños 83 y un poco antes festejamos los 60 años de matrimonio. Ha sido una vida en pareja intensa, llena de vicisitudes, con cumbres y caídas, con grandes alegrías y algunos dolores que siempre supimos remontar. Compartimos con mi esposa el oficio y los ideales.

Anita ha sido, y es, el lugar donde se ha unido la épica y la cotidianidad de Miguel.

El cuarto eje es el gobierno de la Unidad Popular

Durante la presidencia de Salvador Allende, Miguel asumió la Dirección Ejecutiva de la Cormu —la Corporación de Mejoramiento Urbano—, y en un período muy corto se lograron importantes avances cuantitativos y cualitativos:

Las viviendas levantadas (...) se extienden a lo largo de todo Chile. Han transcurrido 33 años y la calidad de su construcción les ha [otorgado] a sus beneficiarios una propiedad valorizada con el tiempo. La rigurosa fiscalización ejercida por el fisco (...) garantizó ese resultado, situación que contrasta con el inaceptable deterioro experimentado por la construcción de las viviendas sociales en los años posteriores.

El haber participado activa y directamente en el gobierno de la Unidad Popular es algo que marcó a Miguel para siempre, y que lo llevó a ser tratado como prisionero de guerra y al exilio.

Alrededor de estos cuatro ejes —arquitectura, partido, Anita, Unidad Popular— se tejen los capítulos de sus memorias de 65 años, que nos llevan desde la Plaza Ercilla a los más insólitos confines del mundo: Papingo, Meteora, Dôlgar, Zanzíbar entre otros, para regresar siempre a Chile, a Santiago.

Más de un capítulo del libro nos recuerda las Ciudades invisibles de Calvino. La imagen surge clara cuando Miguel nos narra las ciudades diseñadas por Tibor Weiner, su maestro: Orsk, la primera ciudad socialista; Magnitogorsk, la ciudad donde construían los tanques que derrotaron al ejército alemán; Stalinvaros en el Danubio, que se renombró Donaújváros, construida siguiendo la Carta de Atenas.

Capítulos que nos presentan personajes míticos: sus maestros, como el ya mencionado Tibor Weiner, o el doctor José Garcíatello; sus colegas: Carlos Sandor, Maco Gutiérrez, Alejandro Rodríguez, y muchos otros, a quienes, después de leer el texto, hubiera querido conocer. U otros como Osvaldo Cáceres, arquitecto, poeta, editor de una revista de poesías por metros con entregas mensuales, al cual conocí después de tomar un bus nocturno a Concepción a fines de los años ochenta. Y otros como Carlos Albrecht y Sergio González, con quienes compartí las preocupaciones por la vivienda social.

Capítulos en que nos narra la dureza de la prisión, del exilio con las antenas siempre dirigidas a Chile. Su regreso al país —fue entonces que lo conocí—, su participación en el Colegio de Arquitectos, sus constantes luchas por una vivienda digna y ciudades más justas, y su reclamo de fin al lucro.

Lo importante de estas memorias es que no solo mantienen la memoria de una generación que no separó su oficio de la política, sino también la memoria de la represión durante la dictadura.

A través de la demolición y desaparición de los centros de detención, de tortura, se ha buscado el olvido, de los tormentos y asesinatos que ejerció la dictadura.

Lugares muy lejanos, como Dawson, también hubieran pasado al olvido si no fuera por Miguel, quien durante su estadía como prisionero de guerra logró la reconstrucción de la iglesia de Puerto Harris. Para esto tuvo que convencer a los marinos y organizar a sus compañeros presos para llevar a cabo la tarea. Finalmente, ha logrado que el Consejo de Monumentos Nacionales la declare Monumento Nacional en la categoría de Monumento Histórico.

Pero no solo por eso Dawson se ha mantenido en la memoria. También por la colección de dibujos en que describe la vida de los prisioneros en la isla, y también en Ritoque y Tres Álamos. Estos dibujos, primeramente exhibidos en Dinamarca, están publicados en Chile y forman parte del Museo de la Memoria.

Las memorias de Miguel, las tuyas, terminan así rescatando nuestra memoria colectiva, cosas que nunca deberán pasar a esa región del olvido donde los que sufrieron pueden ver desvanecerse sus dolores.

Para usar sus propias palabras “tantas luchas pasadas, tantos compañeros fallecidos, tantas situaciones difíciles, cruzadas con tantas muy hermosas”. Eso es lo que las hace conmovedoras. Eso, y su ineludible voluntad, nuevamente en sus propias palabras, de “no quedarse con los brazos cruzados, esperando que otros tomen la iniciativa”.